ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO

Ó LOS MISTERIOS MENORES

POR ANNIE BESANT

(Continuación).

El primer testimonio que debe examinarse es el del «Nuevo Testamento». Para nuestro objeto podemos prescindir de las enfadosas cuestiones sobre interpretaciones y autores, que corresponden de lleno á los eruditos. La crítica docta tiene mucho que decir respecto de la edad de los manuscritos, la autenticidad de los documentos y otros puntos; pero nosotros no tenemos para qué ocuparnos en esto. Podemos aceptar las Escrituras canónicas, por lo que respecta á las creencias de la Iglesia primitiva sobre las enseñanzas de Cristo y de sus discípulos inmediatos, y ver lo que dicen acerca de la existencia de una enseñanza secreta comunicada tan solo á los pocos. Una vez examinadas las palabras que se ponen en boca del mismo Jesús, consideradas por la Iglesia de autoridad suprema, estudiaremos los escritos del gran apóstol San Pablo; luego nos ocuparemos en las declaraciones hechas por los herederos de la tradición apostólica, que guiaron la Iglesia durante los primeros siglos. A lo largo de esta línea no interrumpida de tradiciones y de testimonios escritos, puede hacerse la afirmación de que el Cristianismo tenía un lado oculto. Veremos, además, que puede seguirse el rastro de los Misterios Menores de interpretación mística á través de los siglos

sucesivos, hasta llegar á los comienzos del XIX, y que, aun cuando no había Escuelas de Misticismo preparatorias de la Iniciación después de la desaparición de los Misterios, sin embargo, de tiempo en tiempo grandes místicos alcanzaron los estados inferiores del extasis, por medio de sus propios esfuerzos sostenidos, ayudados indudablemente por Instructores invisibles.

Las palabras del Maestro mismo son claras y definidas, y fueron, según veremos, citadas por Orígenes, haciendo referencia á la enseñanza secreta conservada en la Iglesia. «Y cuando estuvo solo, los que estaban cerca de Él con los doce, le preguntaron sobre la parábola. Y Él les dijo: 'A vosotros es dado saber el misterio del reino de Dios, mas á los que están fuera todas las cosas se les comunican por parábolas'.» Y más adelante: «Con muchas de estas parábolas les hablaba la palabra, conforme á lo que podían oir. Y sin parábola no les hablaba; y cuando estaban solos, Él explicaba todas las cosas á sus discípulos» (1). Nótense las significativas palabras «cuando estaban solos» y la frase «aquellos que están fuera.» Lo mismo sucede en la versión de San Mateo: «Jesús despidió á la multitud y entró en la casa, y sus discípulos con Él.» Estas enseñanzas dadas «en la casa», el significado más íntimo de sus instrucciones, se decía que eran transmitidas de maestro á maestro. El Evangelio da, según puede observarse, las explicaciones místicas alegóricas, lo cual hemos llamado nosotros los Misterios Menores, pero el sentido más profundo se decía que sólo se daba á los Iniciados.

Además, aun á Sus mismos apóstoles dice Jesús: «Tengo todavía muchas cosas que deciros, más ahora no las podéis llevar.» (2).

Algunas de ellas las dijo probablemente después de Su muerte, cuando fué visto por Sus discípulos, «al hablar de cosas pertenecientes al reino de Dios.» (3) Ninguna de ellas fué consignada en documento público, pero, ¿quién habrá que crea que se descuidaron ú olvidaron y que no fueron transmitidas como tesoro inapreciable? En la Iglesia existía la tradición de que Él visitó á Sus apóstoles durante un tiempo considerable después de Su muerte, á fin de instruirlos—hecho á que nos referiremos más adelante—; y en el famoso tratado gnóstico el *Pistis Sophia,* leemos: «Sucedió que cuando Jesús se levantó de entre los muertos, pasó once años hablando con Sus discípulos é instruyéndolos» (4). Hay también la rase que muchos desean suavizar dándole otro sentido: «No déis lo santo á los perros, ni echéis vuestras perlas á los puercos» (5). Precepto que verdaderamente es de aplicación general, pero que era considerado por la Iglesia primitiva como referente á las enseñanzas secretas. Debe tenerse presente que las palabras no sonaban en

(1) San Marcos IV, 10, 11, 33, 34. Véase también San Mateo XIII, 11, 34, 36 y San Lucas VIII, 10.

(2) San Juan XVI, 12.

(3) Hechos I, 3.

(4) *Loc. cit.* Trad. por G. R. S. Mead. III.

(5) San Mateo VII, 6.

los antiguos tiempos tan duras como ahora; pues la palabra «perros»—como «el vulgo», «los profanos»—era aplicada á los de fuera por los que se hallaban dentro de determinado círculo, ya se tratase de una sociedad, ó de una nación, como lo hacían los judíos respecto de todos los gentiles (1). Algunas veces se usaba para designar á los que estaban fuera del círculo de Iniciados, y en este sentido la vemos empleada en la Iglesia primitiva: á aquellos que, por no haber sido iniciados en los Misterios, se consideraba como fuera del «reino de Dios» ó del «Israel espiritual», se les aplicaba este nombre.

Había diversos nombres asignados exclusivamente al término «El Misterio» ó «Los Misterios», los cuales se empleaban para designar el círculo sagrado de los Iniciados ó de los relacionados con la Iniciación: «El Reino», «El Reino de Dios», «El reino de los Cielos», «El Sendero Estrecho», «La Puerta Estrecha», «Los Perfectos», «Los Salvados», «Vida Eterna», «Vida», «El Segundo Nacimiento», «El Pequeño», «Un Niño pequeño». El sentido está aclarado por el uso de estas palabras en escritos cristianos primitivos, y en algunos casos hasta fuera de la comunión cristiana. Así el término «Los Perfectos» se usaba por los esenios, quienes tenían tres órdenes en sus comunidades: los Neófitos, los Hermanos y los Perfectos—éstos últimos eran Iniciados, y en tal sentido es empleado generalmente este vocablo en los antiguos escritos. «El Niño Pequeño» era el nombre usual para un candidato acabado de iniciar, esto es, que había logrado su «segundo nacimiento».

Después de conocido este uso, muchos pasajes oscuros, y de otro modo discordantes, se hacen inteligibles. Entonces uno le dijo: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?». Y Él les dijo: «Porfiad á entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar y no podrán.» (2). Si esto se aplica en la forma ordinaria de los protestantes á la salvación del fuego eterno del infierno, la declaración se hace increíble, repulsiva. No se puede suponer á ningún Salvador del mundo, haciendo la afirmación de que muchos de los que tratan de evitar el infierno y entrar en el cielo, no podrán verificarlo. Pero aplicado el concepto á la estrecha puerta de la Iniciación y á la liberación del renacimiento, es perfectamente verdadero y natural. Así también: «Entrad por la puerta estrecha, pues ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva á perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva á la vida, y pocos son los que la hallan» (3). El aviso que sigue inmediatamente contra los falsos profetas, los instructores de los Misterios tenebrosos, es de gran aplicación en el asunto. A ningún estudiante podrá pasar inadvertido el sonido familiar de estas palabras, empleadas en el mismo sentido en otros escritos.

---

(1) En cuanto á la mujer griega: «No es propio tomar el pan de los niños y arrojarlo á los perros.»—San Marc. VII, 27.

(2) San Lucas XIII, 23, 24.

(3) San Mateo VII, 13, 14.

El «Antiguo camino estrecho» es familiar á todos; el sendero «difícil de andar como el agudo filo de una navaja» (1) que ya se ha mencionado; el pasar «de una muerte á otra» de aquellos que siguen el camino sembrado de flores de los deseos, los cuales no conocen á Dios; pues solo se hacen inmortales y escapan de la ancha boca de la muerte, de la destrucción siempre repetida, aquellos hombres que han abandonado todo deseo (2). La alusión á la muerte se refiere, por supuesto, á los nacimientos repetidos del alma, á la existencia material grosera, considerada siempre como «muerte» comparada con la «vida» de los mundos sutiles superiores.

La «Puerta Estrecha» era el ingreso en la Iniciación, y por ella el candidato entraba en «El Reino». Y siempre ha sido y será verdad que solo pocos pueden atravesar esa puerta, aunque miles de millones—«una inmensa multitud que nadie podría contar,» (3) no unos pocos—entran en la dicha del mundo celeste. Así también habló otro gran Maestro, cerca de tres mil años antes: «Entre millares de hombres, escasamente uno se afana por la perfección; de los que se afanan y la logran, apenas uno me conoce en esencia» (4). Pues los Iniciados son pocos en cada generación: la flor de la humanidad; pero ninguna sentencia siniestra de desdicha eterna se pronuncia en esta declaración contra la gran mayoría de la raza humana. Los salvados son, como Proclo enseñaba (5), los que escapan del círculo de la generación dentro del cual se halla sujeta la humanidad.

A este propósito recordaremos la historia del joven que se acercó á Jesús, y dirigiéndose á Él como «Buen Maestro», le preguntó cómo podía ganar la vida eterna—la bien conocida liberación del renacimiento por el conocimiento de Dios (6). Su primera contestación fué el precepto regular exotérico: «Guarda los mandamientos». Pero cuando el mancebo contestó: «Todas esas cosas las he guardado desde mi juventud»; entonces á aquella conciencia libre de todo conocimiento de transgresión, vino la respuesta del verdadero Maestro: «Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y dalo á los pobres, y tendrás tesoros en el cielo; y ven y sígueme.» «Si quieres ser perfecto», conviértete en un individuo del Reino; debes abrazar la pobreza y la obediencia. Y luego á Sus propios discípulos Jesús explica que un hombre rico difícilmente puede entrar en el Reino de los Cielos; que tal entrada es más difícil que para un camello pasar por el ojo de una aguja; para los hombres esto es imposible; para Dios todas las cosas son posibles (7). Sólo el Dios en el hombre puede pasar esa barrera.

---

(1) *Kathopanishat* II, IV, 10, 11.

(2) *Brihadâranyacopanishat* IV, IV, 7.

(3) Apoc. VII, 9.

(4) *Bahgavad Gîta* VII, 3.

(5) *Ante* pág. 26.

(6) Debe tenerse presente que los judíos creían que todas las almas imperfectas volvían á vivir otra vez en la tierra.

(7) San Mateo XIX, 16, 26.

Este texto ha sido diversamente explicado, siendo á todas luces imposible tomarlo en su sentido superficial, de que un hombre rico no puede entrar en un estado post-mortem de dicha. El hombre rico puede alcanzar ese estado lo mismo que el pobre, y la práctica universal de los cristianos demuestra que no creen ni por un momento que la riqueza ponga en peligro su dicha después de la muerte. Pero si nos fijamos en el verdadero significado del Reino de los Cielos, tendremos la expresión de un hecho directo y sencillo. Por qué ese conocimiento de Dios que es Vida Eterna (1), no puede obtenerse hasta que se haya abandonado todo lo terrestre, no puede aprenderse hasta que se haya hecho sacrificio de todo. El hombre tiene que renunciar, no sólo á la riqueza terrena, que en lo sucesivo ha de pasar por sus manos como si fuese administrador de ella, sino que debe, además, abandonar su riqueza interna en cuanto la considere como suya propia frente al mundo; mientras no se haya despojado hasta la desnudez, no puede pasar por la angosta entrada. Tal ha sido siempre la condición exigida para la Iniciación; los candidatos á ella deben hacer voto de «pobreza, de obediencia y de castidad.»

El «segundo nacimiento» es otro nombre, muy conocido, de la Iniciación; aun hoy en la India los individuos de las castas superiores son llamados «dos veces nacidos», y la ceremonia que los hace dos veces nacidos, es una ceremonia de la Iniciación—la mera corteza, á la verdad, en estos tiempos, pero «la muestra de las cosas del Cielo» (2). Cuando Jesús habla á Nicodemo, declara que «á menos que un hombre nazca otra vez, no puede ver el reino de Dios», y menciona este nacimiento como el «del agua y del Espíritu» (3); esta es la primera Iniciación; otra posterior es la del «Espíritu Santo y el fuego» (4), el bautismo del Iniciado en su virilidad, así como el primero es el del nacimiento, que le da la bien venida como «el Niño Pequeño» que entra en el Reino (5). Cuán bien conocidas eran estas imágenes en la mística de los judíos, se demuestra por la sorpresa que manifestó Jesús cuando dijo á Nicodemo, confundido con Su fraseología mística: «¿Eres tú maestro en Israel y no conoces estas cosas?» (6).

Otro precepto de Jesús que subsiste como «un dicho difícil de entender», dirigido á sus discípulos, es el de: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los Cielos es perfecto» (7). El cristiano ordinario sabe muy bien que no le es posible obedecer este mandato; lleno de fragilidades ordinarias humanas, ¿cómo podrá hacerse tan perfecto como Dios?

---

(1) San Juan XVII, 3.
(2) Heb. IX, 23.
(3) San Juan III, 3, 5.
(4) San Mateo, III, 11.
(5) Ibid XVIII, 3.
(6) San Juan III, 10.
(7) San Mateo V, 48.

Vista la imposibilidad de la empresa que le presentan, la pone tranquilamente á un lado y no piensa más en ella. Pero considerada como el esfuerzo final de muchas vidas de constante progreso, como el triunfo del Dios que está dentro de nosotros, sobre la naturaleza inferior, se coloca á una distancia calculable, haciéndonos recordar las palabras de Porfirio, de cómo el hombre que lleva á cabo «las virtudes paradigmáticas, es el Padre de los Dioses» (1), y que en los Misterios estas virtudes eran adquiridas.

San Pablo sigue los pasos de su Maestro, y habla exactamente en el mismo sentido, pero más explícito y con mayor claridad, como era de esperar de su obra organizadora de la Iglesia. El estudiante debe leer con atención los capítulos II y III y el versículo I del capítulo IV de la Primera Epístola á los Corintios, teniendo presente que las palabras iban dirigidas á individuos bautizados que formaban parte de la Iglesia, y que eran miembros completos de ella, desde el punto de vista moderno, aunque considerados como niños y como carnales por el Apóstol. No eran catecúmenos ó neófitos, sino hombres y mujeres que estaban en plena posesión de todos los privilegios y responsabilidades de la comunidad cristiana, reconocidos por el Apóstol como apartados del mundo, y tenidos en la confianza de que no habrían de proceder como los hombres del mundo. Estaban, en una palabra, en posesión de todo lo que la Iglesia moderna da á sus miembros. Resumamos las palabras del Apóstol:

«Vine á vosotros trayendo el testimonio divino, no para halagaros con la sabiduría humana, sino con el poder del Espíritu. En verdad, hablamos sabiduría entre aquellos que son perfectos, pero no es sabiduría alguna humana. Hablamos la sabiduría de Dios en un misterio, hasta la sabiduría oculta, que Dios ordenó antes que el mundo empezara, y que ni aún príncipe alguno del mundo conoce. Las cosas de esta sabiduría están fuera del alcance del pnnsamiento de los hombres, pero Dios nos las ha revelado por medio de su Espíritu..... las cosas profundas de Dios, que el Espíritu Santo enseña (2). Estas son cosas espirituales que sólo puede entender el hombre espiritual, en quien está la mente de Cristo. Y yo, hermanos, no podía hablaros como á espirituales, sino como á carnales, y aun como á niños en Cristo..... Vosotros érais incapaces de llevarlo, y ni aun lo sois ahora. Porque todavía sois carnales. Como sabio maestro masón (3) he echado los cimientos, y vosotros sois el templo de Dios, y el Espíritu de Dios mora en vosotros. Haced que se os considere como ministros de Cristo y mayordomos de los Misterios de Dios.»

---

(1) *Ante* pág. 28.

(2) Obsérvese cómo esto se relaciona con la promesa de Jesús en S. Juan XVI, 12-14: «Tengo todavía muchas cosas que deciros, mas ahora no las podéis llevar. Pero cuando viniere aquel Espíritu de Verdad, El os guiará á toda verdad..... El os hará saber las cosas que han de venir..... El tomará de lo mío y os lo hará saber.»

(3) Otro nombre técnico de los Misterios.

¿Puede leer alguien este pasaje — en cuyo resumen sólo se ha puesto de manifiesto los puntos salientes — sin reconocer el hecho de que el Apóstol poseía una sabiduría divina, que enseñaba en los Misterios, la cual no podían aún recibir sus discípulos corintios? Y obsérvese los términos técnicos empleados: la «sabiduría», la «sabiduría de Dios en un misterio», la «sabiduría oculta», sólo conocida del «hombre espiritual», hablada sólo entre los «perfectos», sabiduría de la que eran excluídos los no «espirituales», los «niños en Cristo», los «carnales», conocida del «sabio maestro masón»; el «mayordomo de los Misterios de Dios.»

Una y otra vez vuelve á referirse á estos Misterios. Al escribir á los efesios cristianos dice: «por revelación (levantando el velo) me fué declarado el Misterio»; de aquí su «conocimiento del Misterio de Cristo»; y le era dado aclarar á todos cuál sea la «dispensación del Misterio» (1). De este Misterio, repitió á los colosenses, «había sido hecho ministro», «el Misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, mas ahora ha sido manifestado á Sus Santos»; no al mundo, ni aun siquiera á los cristianos, sino sólo á los Santos. Para ellos fué alzado el velo «de la gloria de este Misterio»; ¿y qué era éste? «Cristo *en vosotros*»—frase significativa que, como pronto veremos, pertenecía á la vida del Iniciado; así cada hombre debe al fin aprender la sabiduría y llegar á ser «perfecto en Cristo Jesús» (2). A estos colosenses les pide que rueguen á «Dios que nos abra la puerta de la palabra para hablar el misterio de Cristo» (3), pasaje á que se refiere San Clemente, por ser uno en que el Apóstol «revela con claridad que el conocimiento no pertenece á todos» (4). Del mismo modo escribe á su amado Timoteo, recomendándole que escoja los diáconos entre aquellos que mantienen el «Misterió de la fe con una conciencia pura», ese gran «Misterio de la Piedad» que él había aprendido (5), cuyo conocimiento era necesario para los maestros de la Iglesia.

A. Besant.

(Se continuará).

---

(1) Efes., III, 3, 4, 9.

(2) Col. I, 23, 25-28. Pero San Clemente en su *Stromata* traduce «cada hombre» como «todo el hombre.» Véase lib. V, cap. X.

(3) Col. IV, 3.

(4) Biblioteca antenicena, vol. XII. Clemente de Alejandría. *Stromata*, lib. V, capítulo X. Algunos dichos más de los Apóstoles pueden verse en las citas de San Clemente, demostrando qué significado tenían para los que sucedieron á aquéllos, y vivían en la misma atmósfera de pensamiento.

(5) I, Tim., III, 9, 16.



COMO SE ESCRIBIÓ «ISIS SIN VELO»

(Continuación).

Après nous le Deluge, dijo la querida del Rey; después de San Germán vino la revolución francesa y la ascensión de la humanidad.

Al rechazar la idea de que H. P. B. escribiese *Isis* como un medium ordinario, «bajo dominio», hemos visto, sin embargo, que algunas partes del libro fueron realmente escritas bajo el dictado de un espíritu: una entidad de las más extraordinarias y excepcionales, pero, sin embargo, un hombre fuera del cuerpo físico. El método de trabajo, según se ha descrito antes, se ajusta mucho con el que ella expuso en una carta á su familia, al explicar cómo escribía su libro sin preparación alguna para ello.

«Siempre que se *me dice* que escriba, me siento y obedezco, y entonces puedo escribir fácilmente casi sobre todas las cosas -- metafísica, psicología, filosofía, religiones antiguas, zoología, ciencias naturales, etc..... ¿Por qué? Porque *alguien que lo sabe todo* me lo dicta. *Mis Maestros*, y algunas veces *otros á quienes conocí en mis viajes hace años*» (*Incidentes*, pág. 206).

Esto es exactamente lo que sucedía entre ella y el viejo platónico, pero él no era su «Maestro», ni tampoco pudo ella haberlo encontrado en sus viajes por este plano físico, puesto que aquél murió antes que ella hubiese nacido esta vez. Luego se presenta la cuestión de si el platónico era realmente un espíritu desencarnado ó un Adepto que había vivido en el cuerpo de este filósofo, y que pareció morir, pero que realmente no murió el 1.° de Septiembre de 1687. Este es, ciertamente, un problema difícil de resolver. Considerando que faltaban los concomitentes ordinarios de la posesión de espíritus y de las comunicaciones con espíritus, y que H. P. B. servía al platónico exactamente como un amanuense, no difiriendo en nada estas relaciones de las de un secretario particular y su jefe, excepto en que este último era invisible para mí—aunque visible para ella—se asemeja esto más á las relaciones con un hombre vivo, que no á las relaciones con una persona desencarnada. No parecía ser por completo un «Hermano»—según teníamos por costumbre entonces llamar á los Adeptos—pero era esto más que ninguna otra cosa; y en lo que concierne á la obra literaria en sí, sucedía exactamente lo mismo que en las demás partes de ella; cuando el que dictaba ó

escribía, según fuera el caso, era talmente un Maestro (v. teoría I). Digo el que *escribía* ó dictaba y esto requiere una explicación.

He manifestado antes que el manuscrito de H. P. B. cambiaba á veces, y que había variantes del tipo de escritura que prevalecía; también he dicho que cada cambio de escritura estaba acompañado por una señalada alteración en la manera, movimientos, expresión y capacidad literaria de H. P. B. Cuando la dejaban entregada á sus propios medios, no era difícil conocerlo, porque entonces el aprendiz literato sin educación se hacía manifiesto, principiando los recortes y pegotes: luego el original que se me daba á corregir estaba plagado de faltas, y después de haber sido convertido por mí en un gran manchón de interlíneas, raspaduras, correcciones ortográficas y sustituciones, acababa yo por dictárselo para que lo volviere á escribir (v. teoría VII). Ahora bien; á menudo se me dijeron cosas, después de algún tiempo, que eran algo más que alusiones, de que otras inteligencias fuera de H. P. B. usaban á veces su cuerpo como una máquina de escribir: nunca se dijo expresamente, por ejemplo, «yo soy éste ó aquél», ni «ahora este es A. ó B.» Esto no era necesario después que nosotros, «gemelos», habíamos trabajado juntos lo suficiente para que me fuesen por completo familiares todas sus particularidades de lenguaje, genialidades é impulsos. El cambio era tan claro como el día, y al poco tiempo, cuando ella salía de la habitación y volvía, un ligero examen de sus facciones era suficiente para que yo pudiera decirme: «Este es tal ó cual», y muy pronto mi suposición se confirmaba por lo que luego sucedía. Uno de sus *Alter Egos* á quien personalmente he visto después, lleva larga barba y gran bigote retorcido, á la moda rajput, á los lados de su barba. Tiene la costumbre de tirarse constantemente del bigote cuando está muy pensativo, lo hace mecánica é inconscientemente. Ahora bien; había veces en que la personalidad de H. P. B. se desvanecía y se convertía en *otro Alguien*, y sentado yo frente á ella observaba su mano tirando y retorciendo un bigote, el cual no era ciertamente visible en el labio superior de H. P. B., al paso que en sus ojos aparecía aquella mirada abismada en el vacío, hasta que volviendo á fijar la atención en lo que le rodeaba este otro alguien con bigotes, levantaba la vista y me veía observándole, y entonces retiraba precipitadamente la mano de la cara y continuaba su trabajo. Luego había otro alguien á quien disgustaba tanto el inglés, que voluntariamente nunca hablaba conmigo sino en francés; tenía un delicado talento artístico y una grandísima afición á los inventos de mecánica. Había otro que de vez en cuando se sentaba y emborronaba algo con un lápiz, escribiéndome docenas de poéticas estancias que encerraban á veces ideas sublimes, á veces pensamientos humorísticos. Así, cada uno de estos alguiens tenía sus particularidades claramente determinadas y tan reconocibles como las de cualquiera de nuestros conocidos ó amigos ordinarios. Uno de ellos era jovial, aficionado á las buenas anécdotas y de muy agudo ingenio; otro, todo dignidad, reserva y erudición. Uno era tranquilo, paciente y auxiliar benévolo; otro enojadizo, á veces hasta exasperarse. Uno de ellos estaba siempre

pronto á comprobar sus explicaciones filosóficas ó científicas sobre los asuntos que yo tenía que escribir, haciendo fenómenos para enseñanza mía, al paso que á otro no me atrevía á mencionárselo. Recibí una noche una reprimenda terrible. Yo había traído á casa, un momento antes, dos lápices muy buenos, como los necesitábamos para nuestro trabajo, y había dado uno á H. P. H., reservándome el otro. Ella tenía la malísima costumbre de pedir prestados cortaplumas, lápices, raspadores y otros objetos por el estilo, olvidando luego devolverlos; y una vez puestos en el cajón de su mesa ó en su carpeta de escribir, allí permanecían sin que le importara que uno protestase mucho ó poco. Aquella noche el Alguien artístico estaba dibujando una *navoy's face* en una hoja de papel común, mientras charlaba conmigo; de pronto me pidió que le prestase otro lápiz. Como un relámpago atravesó por mi mente el pensamiento: «Si le presto este precioso lápiz, irá á parar al cajón de su mesa y me quedaré sin ninguno.» Yo no dije una palabra de esto, sino que tan sólo lo pensé, mas el Alguien me lanzó una dulce pero sarcástica mirada, cogió el portaplumas que estaba entre nosotros, puso en él su lápiz, lo tuvo un momento bajo su mano y con gran sorpresa mía surgió una docena de lápices de idéntica forma y calidad. No dijo una palabra, ni tan siquiera me miró; la sangre se agolpó á mi cara y me sentí más humillado de lo que jamás me había sentido en toda mi vida. Como quiera que sea, creo que no merecía yo tal reprensión, teniendo en cuenta lo *anexionista* que era H. P. B. de artículos de escritorio.

Ahora bien; cuando cualquiera de estas entidades «estaba de guardia», como acostumbraba yo decir, el manuscrito de H. P. B. presentaba las mismas peculiaridades que tenía la última vez en que le había tocado el turno del trabajo. Escribía, por preferirlo, acerca de determinada clase de asuntos, y en lugar de hacer H. P. B. el papel de amanuense, se convertía, durante aquel tiempo en aquella otra persona (v. teoría III). Si se me hubiese dado en aquellos días cualquier página del manuscrito de *Isis*, hubiera dicho casi con seguridad por cuál Alguien había sido escrito. ¿En dónde estaba, pues, H. P. B. en esos momentos en que era reemplazada? ¡Ah! Este es el problema, y uno de los misterios que no se revelan al primero que llega (1). Según entendí, ella dejaba su cuerpo, como pudiera hacerlo cualquiera con su máquina de escribir, y se dirigía á ocuparse en otros asuntos ocultos de los que podía tratar en cuerpo astral, mientras que cierto grupo de Adeptos se apoderaban de su cuerpo físico y lo empleaban por turno. Después que supieron que yo podía distinguirlos unos de otros, hasta el punto de haber inventado un nombre para cada uno, por medio del cual H. P. B. y yo podíamos designarlos en nuestras conversaciones, estando ellos ausentes, me

---

(1) Cerca de dos años después de haberse publicado lo anterior, H. P. B. explicó á sus parientes (véanse los artículos del *Path* antes citados) el secreto; ella no estaba en su cuerpo, pero sí muy cerca, en completa conciencia, observando cómo manipulaba por medio de terceros.

hacían frecuentemente un grave saludo ó un movimiento de cabeza amistoso de despedida, cuando iban á abandonar la habitación y dejar el sitio al relevo siguiente de la guardia. Y algunas veces me hablaban unos de otros como hacen los amigos de otros ausentes, por cuya circunstancia llegué á saber pormenores de sus respectivas historias personales; y también hablábamos de la ausente H. P. B., distinguiéndola de su cuerpo físico, que ellos habían ocupado. Un Mahatma, al escribirme acerca de algunos asuntos ocultos, habla de él—del cuerpo de H. P. B.—como de «la vieja apariencia»; otra vez, en 1876, escribió acerca de «él y del Hermano dentro»; otro Maestro me preguntó — á propósito de un terrible acceso de cólera que había yo provocado (no intencionalmente) en H. P. B.: «¿Queréis matar el cuerpo?», y el mismo en una nota de 1874 habla de «aquellos que nos representan en la *cáscara*»: el subrayado de la palabra es suyo. Puede cualquiera figurarse cuál me quedaría yo al descubrir cierta noche que, sin sospecharlo, había saludado al grave filósofo, que ya tengo descrito, con una regocijada ligereza que trastornó su calma habitual. Figurándome que sólo tenía ante mí á mi «camarada» H. P. B., le dije: «¡Y bien, viejo caballo, vámonos á trabajar!» En el mismo momento me ruboricé lleno de vergüenza, pues la expresión, mezcla de sorpresa y de sobresaltada dignidad, que apareció en su semblante, me mostró con quién trataba. Era esta una torpeza tan mala como la cometida por el buen viejo Peter Cooper en el baile dado por la New York Academy al Príncipe heredero de Inglaterra, cuando le dió una palmada en el hombro y le dijo: «Y bien, Gales ¿qué pensáis de esto?» Era uno de los que me inspiraban la reverencia más filial, no sólo por su profunda sabiduría, elevadísimo carácter y actitud llena de dignidad, sino también por su bondad y paciencia paternales. Parecía como si él sólo hubiese leído en el fondo de mi corazón y desease hacer brotar todas las pequeñas joyas espirituales que yacen en él en latente potencialidad. Era, según se me dijo, un personaje de la India del Sur de larga experiencia espiritual, un Instructor de Instructores que vivía todavía entre los hombres como propietario de tierras, y sin embargo, no era conocido como realmente era por ninguno de los que le rodeaban. ¡Oh, las noches de elevado pensar que he pasado con él! ¿Cómo podré comparar á ellas toda otra experiencia de mi vida? Más vívidamente que todo, recuerdo una noche en que por medio de veladas indicaciones, más que de ningún otro modo, despertó mi intuición de suerte que llegué á comprender la teoría de la relación de los ciclos cósmicos con puntos fijos en las constelaciones estelares, cambiando el centro de atracción de un punto á otro con ordenada secuencia. Recuérdese la primera sensación si alguna vez se ha mirado el cielo estrellado á través de un potente telescopio: la admiración temerosa, maravillada, la instantánea expansión de la mente, al mirar desde la Tierra amiliar y comparativamente vulgar, á las insondables profundidades del espacio y al sinnúmero de estrellas mundos que tachonan el infinito firmamento. Esto sería una débil aproximación de mis sentimientos en el momento en que tal majestuoso concepto de orden cósmico se

abrió paso en mi conciencia; fué una sensación tan abrumadora que talmente me hizo perder la respiración. Si hasta entonces había quedado en mí el menor resto de inclinación hereditaria por la teoría geocéntrica, sobre la cual han construído los hombres sus mezquinas teologías, fué entonces barrida como hoja seca por el huracán. Nací en un plano superior de pensamiento, me convertí en un hombre libre.

Este Maestro fué el que dictó á H. P. B. las respuestas á un miembro de la S. T. sobre preguntas sugeridas por la lectura del *Buddhismo Esotérico*, las cuales fueron publicadas en el *Theosophist* de Septiembre, Octubre y Noviembre de 1883. En Ootacamund, en la casa del Mayor General Morgan, temblando de frío y con sus miembros inferiores envueltos en mantas, fué donde ella las escribió. Una mañana me hallaba en su habitación leyendo un libro cuando volvió ella la cabeza y me dijo: «Que me ahorquen si he oído jamás hablar de los Yaphygianes. ¿Habéis oído alguna vez hablar de semejante tribu, Olcott? No tal —le dije;— ¿por qué preguntais? Y bien replicó ella, el viejo caballero me dice que lo escriba, pero me temo que haya en esto algún error, ¿qué le parece á usted? Contesté que si el Maestro en cuestión le daba el nombre, lo debía escribir sin temor, porque siempre tenía razón. Y así lo hizo. Este es un ejemplo de los innumerables casos en que ella escribió al dictado cosas que por completo ignoraba. Nunca había estudiado el hindo, ni normalmente podía escribirlo ni hablarlo; y sin embargo, tengo una nota en hindo en caracteres devanâgari que le vi escribir y dar á Swami Dayanand Saraswati, en la casa-jardín de Vizianagram, en Benares, donde éramos huéspedes en 1880. El Swami la leyó, escribió y firmó su respuesta en el mismo papel, y H. P. B. lo dejó sobre la mesa de donde lo tomé.

Pero deseo afirmar de nuevo, con toda la claridad posible, que ni aun de los más sabios y nobles de estos Alguiens de H. P. B. recibí el más pequeño estímulo para que los considerase infalibles, omniscientes y omnipotentes. Jamás hubo de parte de ellos la menor muestra de deseo de que yo les rindiese culto, ni los nombrase con voz apagada, ni considerase como inspirado lo que escribían por conducto del cuerpo de H. P. B. ó le dictaban como su amanuense. Se me hacía que les considerase como hombres, como mis semejantes mortales; más sabios, en verdad, infinitamente más avanzados que yo, pero sólo por razón de haberme precedido en el sendero normal de la evolución humana. Aborrecían la adulación servil é indistinta, diciéndome que era siempre la cubierta del egoismo, de la presunción y de lo defectuoso. Sus cándidas opiniones me eran á menudo confesadas después de la marcha de algunos de estos visitantes aduladores, y cualquiera de mis lectores se hubiera desternillado de risa si hubiese estado presente una noche en que una melosa señora se despidió de nosotros. Antes de marcharse acarició á H. P. B., se sentó en el brazo de su sillón, le dió golpecitos en la mano y un beso en la mejilla; yo estaba cerca viendo la negra desesperación pintada en la cara del Alguien (masculino). Conduje á la señora has-

ta la puerta, y casi reventé de risa cuando el ascético Alguien — un *sadhov* sin sexo, si ha habido jamás alguno – volvió hacia mí su triste mirada, y con un acento de indescriptible melancolía, dijo: «¡Me BESÓ!» Era demasiado; tuve que sentarme.

(Se continuará).



MECÁNICA ESPIRITUAL

LA EDUCACIÓN

La evolución es una serie matemática, en virtud de la cual cada término, hecho ó fenómeno es crisálida de la mariposa del término siguiente de la evolución.

La aritmética se transforma en geometría, la geometría en mecánica y la mecánica en atracción, en calor, en fenómenos químicos, biológicos, y por último, en instintos.

El INSTINTO llevado al límite de su perfección se transforma mecánicamente en pensamiento. El PENSAMIENTO, al llegar al límite de su perfección, se convierte mecánicamente en voluntad. La crisálida de la VOLUNTAD, cuando alcanza el grado máximo de su perfección, se transforma en la mariposa del amor. El AMOR intensísimo, purísimo, perfectísimo, se transforma en CREACIÓN, en facultad de producir belleza, ó sea de engendrar una de las formas matemáticas más altas de la mecánica.

Aritmética..	*Sentir,*	*Pensar,*	*Querer,*	*Amar y*	*Crear*
Geometría...	*Bestia,*	*Hombre,*	*Genio,*	*Santo y*	*Artista*
Mecánica.. .	INSTINTO,	PENSAMIENTO,	VOLUNTAD,	AMOR Y	CREACIÓN

son términos consecutivos de la serie matemática de la evolución, en la que cada término es el *límite máximo* del término precedente y el *límite mínimo* del término siguiente.

El pensamiento es el máximum del instinto y el mínimum de la voluntad.

La voluntad es el límite máximo del pensamiento, un pensamiento que se convierte en acto, y por consiguiente, que no puede llegar á más, y es también el límite mínimo del amor, un amor reducido á su más mínima expresión.

El amor es la expresión máxima de la voluntad, la voluntad convertida en hecho, y es el límite mínimo de la creación, es el arte durmiendo, en reposo, soñando con la belleza.

La creación es el arte en movimiento, el amor en su más alto grado de exaltación y de perfección en el momento de mover la pluma, el pincel, el buril ó cualquier otro instrumento artístico; el espacio y el tiempo, si de la creación divina se trata.

Cada término de la evolución contiene al siguiente *en potencia*, y es la manifestación *en acto* del término anterior.

Comparando esta serie de la mecánica espiritual con la de una fabricación cualquiera, diríamos que los instintos son la materia prima para fabricar pensamientos; éstos, á su vez, son materia prima para la fabricación más complicada de voluntades.

Con las voluntades así fabricadas, tomadas como materia prima de una nueva y más compleja fábrica, hacemos el amor, el cual, á su vez, es la materia prima de todas las creaciones del arte, de todas las bellezas imaginables y posibles.

Una vez conocidos los jalones que marcan el proceso mecánico de la evolución, INSTINTO, PENSAMIENTO, VOLUNTAD, AMOR, CREACIÓN..... estudiemos y averigüemos las leyes matemáticas que rigen la transformación de unos en otros términos, y una vez sabida la ley general de la evolución, será posible conocer bien los términos anteriores al término INSTINTO y los posteriores al término CREACIÓN.

SERIE aritmética de la evolución.	SERIE geométrica de la evolución.	SERIE mecánica de la evolución.
Dios, síntesis de todas las verdades y leyes matemáticas posibles, increadas, autógenas.	**La aritmética divina existiendo en cualquier punto del espacio y en cualquier momento del del tiempo.**	**La creación divina haciendo vibrar un punto cualquiera, convirtiéndolo en esfera, en centro del átomo central del universo, en centro de la máquina esférica engendradora de todos los átomos del universo ó combinaciones mecánicas elementales del tiempo y del espacio.**
Lo racional matemático, la nada del vulgo.	**El punto matemático. La esfera. El espacio vibrando, en movi-**	**La esfera, convirtiéndose en punto y éste en esfera, palpitación mecá-**

SERIE aritmética de la evolución.	SERIE geométrica de la evolución.	SERIE mecánica de la evolución.
	miento, combinándose con el tiempo, transformándose en átomo, en fuerza. El átomo central. La nebulosa central. Las nebulosas parciales. La forma esférica del mundo aumentando sin cesar de volumen. Los astros.	nica incesante en que consiste la vida del mundo, ó sea la combinación total del espacio infinito con el tiempo infinito, de la cual nacen todas las formas de la naturaleza, combinaciones parciales del tiempo y del espacio.
Leyes de la astronomía.	Los átomos, vértices del tetraedro regular.	La atracción newtoniana.
Leyes de la estereoquímica.	Los átomos, vértices del cubo y del octaedro.	La primera pareja de formas mecánicas conjugadas: el calor, forma masculina y la luz forma femenina.
Idem, íd.	Los átomos, vértices del dodecaedro y del icosaedro.	La segunda pareja: el magnetismo forma masculina y la electricidad forma femenina.
Idem, íd.	Los átomos, vértices de los poliedros derivados de los anteriores.	La tercera y sucesivas parejas hoy desconocidas.
Leyes matemáticas de la química.	Los minerales.	Las combinaciones químicas, formas conjugadas de la vida mineral.
Leyes matemáticas de la vida vegetal.	Los vegetales.	Las combinaciones biológicas, formas conjugadas de la vida vegetal.
Leyes matemáticas de la vida animal, de la facultad de sentir.	Los animales.	Los instintos, masculinos y femeninos, formas conjugadas de la vida animal.

SERIE aritmética de la evolución.	SERIE geométrica de la evolución.	SERIE mecánica de la evolución.
Leyes matemáticas de la facultad de pensar.	**El hombre y la mujer.**	**Los pensamientos, formas conjugadas de la vida humana.**
Leyes matemáticas de la facultad de querer.	**Los genios.**	**Las voluntades, formas conjugadas del genio masculino y del genio femenino.**
Leyes matemáticas de la facultad de amar.	**Los santos.**	**Los amores, masculinos y femeninos.**
Leyes matemáticas de la facultad de crear.	**Los artistas.**	**Las creaciones artísticas, masculinas y femeninas.**

¿Puede haber alguna facultad superior á la de crear? ¿Es el último término de la evolución el artista que al propio tiempo es, durante toda su vida, santo, genio y hombre? ¿Más allá de la creación artística humana, habrá algo superior, habrá grados de mayor semejanza y de aproximación á la creación divina, á la facultad de combinar el tiempo y el espacio para engendrar átomos?

Haya ó no esta facultad superior y desconocida, lo cierto es, ó me parece á mí que lo es, que en cada ser coexisten, en diferente cantidad, todos los grados de la mecánica espiritual de la evolución, los más perfectos ó nuevos en forma rudimentaria y los menos perfectos ó antiguos en forma definitiva.

De donde yo infiero que el problema de la educación debe abordar en cada discípulo simultáneamente, y en oportuna medida, todos los grados de la evolución, y dentro de cada grado, primero su aspecto aritmético, después su aspecto geométrico, y por último, su aspecto mecánico.

Observemos sin cesar la naturaleza, y de cada cosa estudiemos primero su aritmética, saquemos los números que tiene dentro, contemos siempre, hagamos estadísticas grandes y chicas, lo mismo al anotar los caracteres de un mineral ó de una planta, que los de un fenómeno físico ó hecho sociológico; después de los números, ó sea de lo independiente del tiempo y del espacio, estudiemos las formas y en cada una lo que depende del espacio y lo que depende del tiempo; y después de

los números y de las formas, estudiemos las fuerzas, estudiemos la mecánica de las cosas, cómo se mueven, viven y mueren; estudiemos en qué consiste la combinación parcial del tiempo y del espacio que constituye cada cosa.

El orden del estudio en los niños y en los hombres debe ser siempre éste: primero la aritmética, después la geometría, y por último, la mecánica; en suma: las matemáticas que hay en todas las cosas, ocultas y manifestadas ó visibles, en reposo y en movimiento.

Froebel y Pestallozi marcan instintivamente la orientación hacia la escuela pitagórica.

La educación física ó de los instintos, claro es que debe ocupar el primer lugar.

Sigue después, y aquí se detiene la pedagogía moderna, la educación intelectual en las múltiples direcciones del pensamiento.

No basta esto. Hay que educar científicamente, metódicamente la voluntad, orientándola hacia el bien, encauzándola por medio de una constante gimnasia espiritual, y por último, dirigiéndola como un proyectil hacia un fin humano principal y otros secundarios en el menor número posible.

La abstención de alguna ó de varias necesidades físicas, de fumar ó de divertirse, el seguir ó contrariar determinados impulsos son ejercicios elementales de la gimnasia de la voluntad. El ejercicio principal consiste en concentrar el pensamiento todo lo más posible para que á virtud de este trabajo mecánico de la mente, el pensamiento se transforme en voluntad.

La educación de la voluntad supone una libertad completa en el discípulo. Si el maestro trata de someter la voluntad del discípulo á la suya, por leve que sea la coacción, ya no es maestro, sino tirano.

El discípulo que dirige su voluntad hacia el mal, no merece el honor de pertenecer á clase alguna. No es discípulo, es uno que camina en sentido opuesto al de la serie matemática de la evolución, es un delincuente.

La educación del amor es deficientísima, casi no existe.

En el amor físico nos dejamos guiar, por regla general, por el instinto. Vamos, como bestias, con la venda que en nuestros ojos ponen las sabias leyes matemáticas que rigen el mundo para la perpetuación de la especie, á satisfacer una necesidad más que moral, física.

Los consejos de los padres ante los casamientos desiguales ó ante los diferentes caminos de la vida que emprenden los hijos, son ineficaces ó contraproducentes, porque los padres no saben una palabra de

la educación del amor, porque no fueron discípulos y no se han elevado por su propio esfuerzo á la categoría de Maestros.

En cuanto al amor social, de la familia, de la provincia, de la patria y de la humanidad, y á las demás manifestaciones del amor colectivo, en agrupaciones, gremios y sociedades, estamos con corta diferencia lo mismo.

Los principios esenciales y las reglas principales de la educación del amor, se deducen fácilmente de los códigos religiosos; pero es muy difícil ejercitar el hábito de amar en todos los momentos de la vida; la gimnasia moral del amor es dificilísima y sus ejercicios por todo extremo peligrosos, porque equivalen á caminar á obscuras por terreno desconocido, lleno de precipicios y habitado por mónstruos y fieras.

Para amar bien, es preciso, ante todo, ejercitar con perfección los grados anteriores de la mecánica espiritual, el pensamiento y la voluntad.

Un entendimiento libre de errores y limpio de supersticiones, es la base de una voluntad recta; y una voluntad enérgica, perseverante y encaminada hacia el bien, se transforma fácilmente en amor.

Mientras la educación del amor no sea práctica general y bien establecida, la transformación del amor en creación no tiene probabilidades de existencia; habrá manifestaciones artísticas individuales, esporádicas, no habrá educación artística, educación de la facultad de crear bellezas, educación de la creación porque no sabremos transformar el amor en facultad creadora.

Habrá un corto número de personas que durante algunos minutos ó días de su vida sean artistas, esto es, transformadores del amor en creación de belleza. Habrá precursores de una humanidad artista muy lejana.

¡Y no es poca fortuna y escaso consuelo ver, oir y tocar las bellezas del arte, que son el aura luminosa de las cosas divinas!

El espíritu en movimiento obedece á leyes matemáticas. El que no conozcamos las leyes de la mecánica espiritual no quiere decir que no existan.

Espiritualistas y materialistas pueden llegar á un acuerdo, haciéndose cargo unos y otros de que los movimientos en la mecánica espiritual principian siendo muy sencillos en el átomo ó combinación elemental del tiempo y del espacio y siguen siendo cada vez más complicados, atracción, luz, calor, magnetismo, electricidad y llegan á convertirse en sensación, en memoria, en instinto, y por último, en pensamiento, en voluntad, en amor, en creación, manifestándose en acto

(geometría y mecánica) todas las ideas que existían en reposo *(aritmética)* antes de la creación *(transformación de la aritmética en geometría y mecánica).*

El materialista considera con preferencia ó exclusivamente una parte de la evolución del espíritu, los grados intermedios de la mecánica espiritual, y no ve con claridad los primeros términos de la serie ni los últimos, porque no ve que la materia no existe, que lo que cree macizo es una apariencia de una combinación espiritual del tiempo y del espacio.

El espiritualista considera exclusivamente el principio y el fin de la serie matemática de la evolución del espíritu, y no ve con claridad los eslabones intermedios de la cadena.

Veamos la serie en su totalidad y seamos al mismo tiempo materialistas y espiritualistas. Seamos matemáticos, seamos pitagóricos.

Honremos la memoria de Pitágoras, el gran maestro, el precursor y profeta de Cristo, el filósofo más colosal de los últimos siglos de la civilización. Sus grandes enseñanzas están obscurecidas por la ignorancia y la maldad de sus malos discípulos.

ARTURO SORIA.



EL PADRE NUESTRO

ESTUDIO SOBRE SU ANTIGUO TEXTO GRIEGO

ENTRE los cristianos que recitan diariamente el Padre Nuestro, hay muy pocos que comprendan perfectamente esta oración sublime. Esta falta de comprensión, desde el punto de vista intelectual, proviene de los errores de que están plagadas la mayor parte de las traducciones que se han hecho de la versión griega antigua del Evangelio de Mateo, el original del cual fué escrito en Siro-Caldeo, y, por desgracia, se perdió hace mucho tiempo. Hay un gran número de palabras de dicho texto griego, cuyo sentido ha sido torturado de tal manera, que han llegado á significar todo lo contrario de lo que se quería expresar. Entre otras, tenemos: *pistis*, que significa *fe, convicción íntima de la verdad*, y que hoy en día se confunde con la mera creencia en teorías

basadas en las apariencias de las cosas; *ktisis*, que significa *fundación, construcción*, y no creación de la nada; *dekaiosyne*, que quiere decir *práctica de lo que es justo, cumplimiento del deber*, y no justicia imputada. Basta esto para demostrar que si queremos comprender, á lo menos intelectualmente, lo que enseñó el Maestro Jesús, tenemos que conocer el verdadero sentido de las palabras que empleó el traductor griego, según el valor de las mismas en su tiempo, y no según el sentido que se pretendió darles después. Ocioso es decir que la comprensión espiritual no se puede adquirir sino desarrollándose espiritualmente cada uno por si mismo, pues no se puede comprender sino lo que se percibe, y sólo el hombre espiritual percibe las cosas espirituales.

He aquí el texto del Padre Nuestro, junto con la versión exacta, y breves comentarios que servirán, quizá, para los que aspiran á tener acerca del «Padre Celestial» un concepto más elevado del que se tiene generalmente:

Πάτερ ἡμῶν ὁ ἐν τοῖς οὐρανοῖς.

Padre Nuestro que estás en los Cielos.

Nuestro Padre es Dios, y no se halla exclusivamente en algún lugar extracósmico como muchos se lo imaginan, pues no sólo está «arriba» de todos, sino «dentro» de todos (Juan, XX, 17 y Efesios, IV, 6), y «en Él vivimos, y nos movemos y tenemos nuestro ser». (Hechos, XVII, 28). El Maestro Jesús, al enseñar que Dios es nuestro Padre, proclamó nuestro divino origen y además la Fraternidad Universal, sin distinciones de ninguna especie, pues por el hecho de tener un común origen, todos los hombres son hermanos (Marcos, XII, 31; Mateo, V, 45). Nosotros, al repetir esta invocación, debemos tener presentes las enseñanzas del Maestro respecto de la Ley de Amor (Mateo, V, 45-46), porque si no amamos á nuestro hermano y pretendemos amar á Nuestro Padre, pronunciamos nuestra propia condenación al invocar Su Nombre (1). Obsérvese que el pronombre ὁ (que) es neutro, pues Nuestro Padre no es una personalidad, y Jesús no enseñó que se había de adorar á Dios en persona, sino en *Espíritu* y en Verdad (Juan, IV, 24); por eso invocamos á Nuestro Padre «en los cielos», es decir, en lo espiritual. Los «cielos» son los grados de conciencia

---

(1) Si alguno dice «yo amo á Dios», y odia á su hermano, es un mentiroso (I. Juan, IV, 20).

espiritual y simbolizan los planos superiores del aura humana y del aura terrestre. En el mundo físico, nuestra atención se halla naturalmente atraída por los diversos objetos que nos rodean y que impiden que se concentre en lo espiritual: esta es la razón por qué dijo Jesús: «Cuando ores, entra en tu *almacén* (ταμιεῖον), y cuando hayas cerrado bien tu puerta, ora á tu Padre que está en lo oculto.» (Mateo, V, 6). El *almacén* es el templo de Dios, el cual somos nosotros. (I. Corintios, III, 16-17). Al invocar el Espíritu Santo (el Santo Aliento: τὸ πνεῦμα ἅγιον), es preciso entrar en nuestro *almacén* y «cerrar bien la puerta», es decir, acallar nuestros sentidos y nuestro intelecto y encontrarnos en nuestra naturaleza espiritual, en la cual están atesoradas todas las experiencias del alma.

Cada hombre es, pues, hijo del Padre Celestial, pero lo es tan sólo potencialmente mientras está cegado por las formas del mundo material, á las cuales se apega buscando en ellas su felicidad. Preciso es, pues, que reconozca que Cristo está en todo (Colosenses, III, 11), que está en él (II. Corintios, XIII, 5), y que él (el hombre viejo) tiene que morir para que Cristo nazca en él, siendo así que Cristo es el Camino, y que nadie llega al Padre sino por el Hijo (Juan, XIV, 6), el Hombre divino. Por consiguiente, no podemos conocer al Padre si no conocemos al Hijo; no podemos conocer á Dios (al Padre) si no conocemos al Dios (el Hijo) que está en nosotros y que es nuestro Yo superior (Juan, X, 34). No podemos, en suma, conocer á Dios si no nos conocemos á nosotros mismos.

No es posible comprender esto intelectualmente sin tener acerca de la constitución del hombre un concepto más exacto y claro del que hoy dia prevalece. San Pablo menciona la constitución humana según la división ternaria—«espíritu y alma y cuerpo» (τὸ πνεῦμα καὶ ἡ ψυχή, καὶ τὸ σῶμα) (Tesalonicenses, V, 23). Además, dice que hay un cuerpo psíquico y un cuerpo espiritual. (I. Corintios, XV, 44). En las versiones aceptadas se lee «cuerpo natural», lo cual es erróneo, pues *psíquico* quiere decir «relacionado con el alma animal» (ψυχή), el alma viviente del Génesis (llamada *nephesch*). El primer Adán llegó á la existencia en alma viviente (Id., 45); fué sembrado en corrupción (íd., 42), es decir, en un cuerpo de barro (Génesis, II, 7). Este cuerpo de barro es el que San Pablo llama simplemente «cuerpo» en Tesalonicenses, ó sea el cuerpo físico, por medio del cual se manifiesta en el plano material el Aliento (ó Espíritu) en su aspecto inferior como flúido vital. El Aliento es séptuplo en su manifestación, como se ve en el Apocalipsis (V, 6-14), donde los «siete ojos» representan los siete centros del Aliento. Es ab-

solutamente imposible entrar aquí en detalles acerca de la constitución del hombre; pero los lectores que tengan verdaderos deseos de saber, no olviden que, si buscan, encontrarán.

ἁγιασθήτω τὸ ὄνομά σου· ἐλθέτω ἡ βασιλεία σου· γενηθήτω τὸ θέλημά σου,
Entonado sea tu nombre, vuelva Tu Dominio, sea Tu Voluntad,

ὡς ἐν οὐρανῷ καὶ ἐπὶ τῆς γῆς.
como en el Cielo, así también en la Tierra.

Hagiazesthai quiere decir «ser consagrado (á los Dioses), hecho sagrado, ser purificado.» Aquí quiere decir «ser entonado», pues esta oración es en realidad un canto. El Nombre es el nombre místico del Christos. «Estas cosas dice el *Amén*, el Testigo fiel y veraz, el Primero de la Fundación del Dios» (Apocalipsis, III, 14). La palabra AMN (comunmente pronunciada *Amén*) no quiere decir «así sea», y significa algo más que «verdad». Este vocablo no es una palabra humana, sino una palabra divina, y se empleaba para evocar el Aliento. Es, en realidad, el epítome del Sublime y Santo Misterio, que sólo el hombre espiritual puede comprender, á saber: la «Sabiduría de Dios en misterio» (σοφίαν Θεοῦ ἐν μυστηρίῳ) (I. Corintios, II, 7). Es la más preciosa de aquellas perlas acerca de las cuales dijo Jesús: «No echéis vuestras perlas delante de los cerdos» (Mateo, VII, 6). Por medio de esta palabra se hace vivo el Aliento en el hombre; pero no basta saber pronunciarla y hacer maravillas «en el nombre de Cristo» (Mateo, VII, 21-27), pues aunque uno entienda todos los misterios y toda ciencia, y tenga toda la fe, *no es nada si no tiene amor*. (I. Corintios, XIII, 2).

El Dominio de nuestro Padre es la conciencia Divina en nuestra naturaleza superior, la cual se fué obscureciendo á medida que el espíritu se sumergía en la materia y caía el hombre bajo el yugo de la naturaleza animal. Para que vuelva el Dominio de Dios, es menester que se espiritualice el hombre, ó sea que nazca «de arriba» (ἄνωθεν) (Juan, III, 3), es decir, que el Yo divino domine al yo animal, porque la Conciencia divina no se ha de alcanzar sino por la vida espiritual. En esto consiste la salvación, pues salvarse no quiere decir (como muchos se lo imaginan) escapar á las consecuencias del pecado (siendo así que tenemos que recoger lo que hemos sembrado y ser juzgados según nuestras obras), sino que quiere decir: «libertarse de la esclavitud del pecado», porque «el que nace de Dios (ó sea *de arriba*) no comete pecado» (Juan, III, 9).

La Voluntad de Dios es la de manifestarse en sus criaturas (I. Tesalonicenses, IV, 3-4; II. Timoteo, II, 20-21); pero, cegado por la materia, el hombre se apega á los goces sensuales, se esfuerza en satisfacer su propia voluntad egoista, y así se opone á la Voluntad de nuestro Padre. «Sea Tu Voluntad como en el Cielo así también en la Tierra» (como en lo espiritual, así también en lo material), quiere decir que renunciamos á nuestra voluntad egoista y que nos esforzamos en remover los obstáculos qne se oponen á la manifestación de Dios en nosotros.

Τὸν ἄρτον ἡμῶν τὸν ἐπιούσιον δὸς ἡμῖν σήμερον.

El Pan nuestro del día venidero dánoslo hoy.

En las versiones ordinarias se lee «el pan cotidiano», lo cual es un error muy grave, pues ἐπιούσιον es un adjetivo que se formó únicamente para este pasaje del Nuevo Testamento, y que se deriva de ἐπιοῦσα (ἡμέρα) *venidero* (día). Este error es tanto más grave cuanto que se suele dar á esta expresión una interpretación material, que no tiene cabida en una aspiración puramente espiritual. El pan de que aquí se trata no es ningún pan material, sino el Pan de Vida, el Pan vivo que desciende del cielo, la Luz del Conocimiento divino, que es el alimento del hombre espiritual (Juan, VI, 48-63). Por consiguiente, no se trata aqui de pedir pan ni cosa material alguna, como lo prueban el verdadero significado de la palabra ἐπιούσιον, y lo que dijo Jesús después de enseñar á sus discipulos á orar (y no á mendigar) al Padre celestial: «No os inquietéis por vuestra vida sobre lo que habéis de comer ó lo que habéis de vestir... Mas buscad primero el dominio de Dios y su rectitud, y todas estas cosas os serán añadidas.» (Mateo, VI, 25-37). El Dia venidero es el día en que el hombre, después de purificarse, alcanza la iluminación y conquista su inmortalidad divina. La Luz del Conocimiento divino está en todas partes, pues es infinita, pero no la recibe el que mora en la obscuridad, es decir, el que no conoce más que su naturaleza inferior, sino el que sale de la obscuridad y que, al reconocer que es templo de Dios, aspira á unirse cuanto antes con Él, anhelando que el Día venidero sea hoy.

καὶ ἄφες ἡμῖν τὰ ὀφειλήματα ἡμῶν ὡς καὶ ἡμεῖς ἀφίεμεν τοῖς ὀφειλέταις ἡμῶν.

Y remítenos nuestras deudas, así como nosotros hemos remitido á nuestros deudores.

La comprensión de esta frase es de suma importancia, pues se tra-

ta aquí de la Ley de Acción y Reflexión, á la cual estamos todos sujetos y por la cual hemos de recoger lo que hemos sembrado, sea bueno, sea malo. Nos hallamos compelidos á llevar una existencia material limitada mientras no obramos *sin apego* á las cosas del mundo material, pues la libertad final no se puede alcanzar sino por la *completa renunciación á todo lo que nos liga al yo personal.* Toda buena acción que hacemos con el menor motivo egoísta, sea con la esperanza de alguna recompensa en este mundo ó en otro, sea por vanidad ó satisfacción propia, nos liga lo mismo que una mala acción. Por eso «no tenéis recompensa de vuestro Padre que está en los Cielos» (Mateo, VI, 1), pues al ensalzar vuestra personalidad, atribuyéndole el bien que en realidad dimana de Dios, os apartáis de vuestro Padre celestial. Si hacemos el bien á nuestros hermanos sin motivo personal alguno, sin desear recompensa alguna, sino reconociendo que, al dar algo, sea material, intelectual ó espiritual, á nuestros hermanos, sólo les damos lo que les es debido, entonces somos dignos agentes de la Ley divina, somos hijos de Dios cumpliendo la Voluntad del Padre, dejando que se manifieste el Amor divino por medio de nosotros. Recuérdese que Jesús, como hombre personal, rehusó ser llamado *bueno.* (Mateo, XIX, 17). Despegándonos de lo personal, nos libertamos de toda cadena, alcanzamos la libertad. Por consiguiente, cada vez que «perdonamos á nuestros deudores», es decir, cada vez que reconocemos que nadie nos debe cosa alguna—que el mendigo á quien socorremos no nos debe nada, que no nos deben nada los ignorantes á quienes instruímos, los malvados á quienes reformamos, los hombres por quienes sacrificamos nuestra vida; cada vez, en suma, que referimos á Dios todo el bien que se hace por medio de nosotros, —renunciamos á los resultados de nuestras buenas acciones y avanzamos hacia la aurora del Día venidero en que se ha de efectuar nuestra unión con el Padre celestial, y en el cual podremos decir: «Yo y mi Padre somos uno». (Juan, X, 30).

En los versículos 14 y 15 del capítulo VI de Mateo, á continuación de la oración á nuestro Padre, dice Jesús: «Si perdonáis á los hombres sus errores, vuestro Padre celestial os perdonará también; pero si no perdonáis á los hombres sus errores, tampoco os perdonará vuestro Padre vuestros errores.» Si no perdiésemos de vista la Ley de Acción y Reacción, por la cual recogemos lo que hemos sembrado, comprenderíamos que no sufrimos por parte de algunos de nuestros hermanos por más que ésta no nos sea patente y que en vez de sentir rencor y deseos de venganza, debemos sufrir con paciencia lo que recogemos

por medio de tales hermanos conforme á la Ley de Acción y Reacción. El mayor error que podemos padecer, es creer que tenemos otros enemigos que nuestras pasiones egoístas, pues los hermanos que nos hacen sufrir, no son en realidad más que agentes inconscientes de la la Ley de Acción y Reacción, y, por lo mismo, nos dan la oportunidad de reparar nuestros errores pasados. Si aceptamos con resignación las tribulaciones por las cuales tenemos que pasar y por las cuales nos hemos predestinado nosotros mismos, quedamos libres de sus causas; más si no las aceptamos (si no perdonamos á nuestros hermanos sus errores, las reacciones de los nuestros), no quedamos libres de las causas, las cuales están en nosotros y á las cuales nos ligamos más fuertemente, por lo que tendremos que volver á sufrir sus correspondientes efectos hasta que los aceptemos como justa reclamación. Además, tenemos necesariamente que pasar por ciertas experiencias sin las cuales no podríamos adquirir conocimiento ni volvernos espirituales. En estas experiencias se hallan puestas á prueba nuestra paciencia, nuestra humildad, nuestra tolerancia, nuestro amor, todas nuestras virtudes en suma. De esto podemos deducir que lo que tenemos que sufrir de nuestros hermanos es, ó la cosecha merecida del mal que hemos sembrado, ó alguna experiencia por la cual tenemos que pasar, una lección que tenemos que aprender, quizá por no haberla aprendido antes.

Mientras estemos sujetos á la Ley de Acción y Reacción, no podremos alcanzar la libertad final. «Amarás á tu prójimo y odiarás á tu enemigo»; esta es la Ley de Acción y Reacción en su aspecto inferior, el efecto siendo igual á la causa y de la misma naturaleza que ella, por lo que se halla ligado el hombre á la «Rueda del Nacimiento» (τὸν τροχὸν τῆς γενέσεως) (1) de que habla Santiago (III, 6). Pero dijo el Maestro Jesús: «No resistáis al hombre inútil, ó *depravado*». (Mateo, V, 39-41). «Amad á vuestros enemigos». (Id., 44). Esta es la Ley de Amor, la Ley de Acción y Reacción en su aspecto superior, por la cual la reacción es superior á la acción, pues por un proceso de al-

---

(1) Esta expresión — «Rueda del Nacimiento» *(rota nativitatis*, como la traduce correctamente la Vulgata)—es el símbolo de la evolución, á la cual rige la Ley de Acción y Reacción. Hay en la Biblia un ejemplo notable de esta ley, el cual, además, arroja un torrente de luz sobre el (para muchos) obscuro problema de la existencia. Es el caso del *alma humana*, que en una época de su evolución se encarnó en la personalidad llamada Elías y más tarde en otra personalidad llamada Juan Bautista (Lucas, I, 13-17; Mateo, XI, 14). Recuérdese que la palabra *persona*, en su origen latino, significa «máscara», y que en el teatro romano antiguo los actores llevaban una máscara que simbolizaba el

quimia espiritual el mal se convierte en bien. Al devolver el bien por el mal, nulificamos los malos efectos de las causas malas y cambiamos más ó menos rápidamente estas causas malas en causas buenas. La Ley de Amor es, por lo tanto, el único camino por el cual podemos alcanzar la libertad. Esta es la Verdad, que nos hará libres. (Juan, VIII, 32).

καὶ μὴ εἰσενέγκῃς ἡμᾶς εἰς πειρασμόν, ἀλλὰ ῥῦσαι ἡμᾶς ἀπὸ τοῦ πονηροῦ, ὅτι

Y no nos pongas á la prueba, mas libranos de la inutilidad, pues

σοῦ ἐστίν ἡ βασιλεία, καὶ ἡ δύναμις καὶ ἡ δόξα εἰς τούς αἰῶνας· ἀμήν.

tuyo es el Dominio, y la Fuerza, y el Esplendor de los ciclos; Amén.

La prueba de que aquí se trata es la prueba á la cual está expuesto el hombre inferior en la época de su evolución, llamada simbólicamente «Día del Juicio», porque si no se ha espiritualizado, se halla rechazado como cosa inútil para el Yo superior, y entonces comienza esa espantosa degradación, que ha de terminar con la «muerte segunda» (Apocalipsis, XX, 14), la cual es la aniquilación de la personalidad en los elementos *(el lago de fuego)*. El hombre inferior no es por sí sólo más que una imagen *(eidolon)*, y, por lo mismo, no tiene nada de inmortal, porque todo lo que constituye la inmortalidad—el Dominio, la Fuerza y el Esplendor—pertenece al Padre celestial. Para alcanzar su inmortalidad, el hombre tiene que espiritualizarse, ó sea nacer «de arriba», lo cual, por cierto, no se ha de hacer con recitar fórmulas, ni con el mero estudio intelectual de textos sagrados, ni con especulaciones filosóficas, sino por la práctica de la Ley de Amor, porque sólo por esta Ley nace en el hombre el Cristo, el Redentor.

La traducción de esta frase, según las versiones ordinarias («no nos pongas en tentación»), es absurda, pues «Dios no tienta á nadie». (Santiago, I, 13). El que nos pone en tentación es el «Diablo», es decir, el *Egoismo*. Es también absurdo el pedir que se nos «libre del mal», pues no podemos espiritualizarnos, sino pasando por las expe-

carácter que representaban. El alma encarnada en Juan Bautista recogió lo que había sembrado cuando estaba encarnada en Elías. «Elías» *degolló* los profetas de Baal (I. Reyes, XVIII, 40), y abusó de su poder psíquico haciendo caer «fuego del cielo» sobre dos compañías de soldados que venían á arrestarle por orden del rey (II. Reyes, I, 10-12), «Juan Bautista» fué degollado por orden de Herodes (Marcos, VI, 27), pues «*si alguno mata con espada, es preciso que él sea muerto á espada. En esto está la paciencia y la fe de los santos*». (Apocalipsis, XIII, 10). «*El que tenga oidos para oir, oiga*». (Mateo, XI, 15).

riencias necesarias para acrisolar nuestra virtud. Así como no se vence una dificultad huyendo perpetuamente de ella, así también no se puede vencer el mal sino dominándolo. El creer que se puede vencer el mal con quedar libre de tentación, equivale á creer que un ladrón y asesino, al ser reducido á prisión, queda de repente convertido en hombre honradísimo, porque no tiene ya ocasiones para robar y matar. «Tenemos que obrar nuestra propia salvación» (Filipenses, II, 13), es decir, que nosotros mismos tenemos que luchar constantemente con nuestro egoísmo, nuestra vanidad, nuestra presunción, nuestra codicia, nuestra sensualidad, etc. Sin combate no hay victoria, y sólo los que vencen alcanzan el premio (Apocalipsis, II, 7), y no vuelven á salir (íd., III, 12), no vuelven á ser ligados á la «Rueda del Nacimiento». Quedan libres.

La Paz sea con todos.

A. F. GERLING.

Méjico, Marzo, 1902.



UN FRAGMENTO DE FLAUBERT

(San Antonio. Hilarión. Buddha.)

....

Entre estos dioses residen los genios de los vientos, de los planetas de los mares, de los días, ¡cien mil más! Sus aspectos son innumerables y sus transformaciones rápidas. Ahí tienes uno que de pez se ha convertido en tortuga: tiene la forma de un jabalí y la talla de un enano.

ANTONIO.—¿Y por qué todo eso?

HILARIÓN.—Para restablecer el equilibrio, para combatir el mal. Porque la vida se escapa, las formas se gastan y es necesario que progrese en las metamórfosis.

De pronto un *Hombre* desnudo se divisa en medio de la arena, sentado, con las piernas cruzadas.

Un inmenso halo brilla suspendido detrás de él. Los escasos bucles de sus cabellos negros con reflejos azulados rodean simétricamente la parte alta de su cabeza. Sus brazos, extremadamente largos, caen so-

bre sus costados. Las plantas de sus pies ofrecen las imágenes de dos soles, y todo él permanece completamente inmóvil, frente á frente de Antonio y de Hilarión, y teniendo á su alrededor á todos los dioses escalonados como en la graderia de un circo.

Aquel hombre entreabre sus labios y dice con entonación profunda:

Yo soy el dispensador de la gran limosna, el socorro de las criaturas, y entre los creyentes, lo mismo que entre los incrédulos, yo soy el que da la ley.

Para salvar el mundo no he querido nacer entre los hombres. Los dioses lloraban cuando yo me fui de entre ellos.

Yo busqué una mujer digna de mí, una mujer de raza militar, esposa de un rey, muy buena, extraordinariamente hermosa y sin la obra con el cuerpo fuerte como el diamante. Y en la época de la luna llena, de ningún varón, me encarné en su vientre.

Yo nací por el costado derecho. Entonces se pararon las estrellas.

HILARIÓN (murmurando): «Y cuando ellos vieron que se paraban las estrellas, sintieron gran alegría.»

EL BUDDHA.—Del fondo del Himalaya partió para verme un religioso centenario.

HILARIÓN.—«Era un hombre llamado Simeón, que no debía morir sin haber al Cristo.»

EL BUDDHA.—Me condujeron á las escuelas. Y yo sabía más que los doctores.

HILARIÓN.—«En medio de los doctores; y todos los que le escuchaban estaban maravillados de su sabiduría.»

EL BUDDHA.—Continuamente me encontraba meditando en los muertos. Las sombras de todos los árboles volvían, pero la sombra del que á mi me cubría no volvía más.

Nadie se igualaba conmigo en el conocimiento de las escrituras, ni en la enumeración de los átomos, ni en la conducción de los elefantes, ni en las obras en cera, ni en la astronomía, ni en la poesía, ni en el pugilato, ni en ninguno de los ejercicios de las artes.

Por acatar las costumbres, tomé una esposa; y pasaba los días en mi palacio de rey, vestido de perlas, cubierto de perfumes, rodeado de innumerables mujeres con sus abanicos y mirando mis pueblos desde lo alto de mis terrazas ornadas de cascabeles sonoros.

Pero la contemplación de las miserias del mundo conturbaban mis placeres.

Y entonces huí.

Mendigué por los caminos cubierto de harapos recogidos en los

sepulcros, y como hubiese encontrado un ermitaño muy sabio, quise convertirme en su esclavo; y estuve guardando su puerta y le lavé los pies.

Dominé todas mis inclinaciones y concluí con todas mis alegrías.

Después, concentrando mi pensamiento en una prolongada meditación, conocí la esencia de las cosas y la ilusión de las formas.

Muy pronto adquirí la ciencia de los Brahmanes, que están comidos de concupiscencia bajo las formas más austeras, flagelándose con espinas, durmiendo sobre abrojos y creyendo llegar á la bienaventuranza por el camino de la muerte.

Hilarión.—¡Fariseos, hipócritas, sepulcros blancos, raza de víboras!

El Buddha.—También yo hice cosas sorprendentes, no comiendo durante un mes más que un grano de arroz, que no era más grande que los de ahora. Cayeron mis cabellos, volvióse negro mi cuerpo, y mis ojos, hundidos en las pupilas, parecían dos estrellas brillando en el fondo de un pozo.

Durante seis años permanecí completamente inmóvil, expuesto á las picaduras de las moscas, al furor de los leones y de las serpientes y sufriendo los rigores de los rayos del sol y la inclemencia de la lluvia, y de la nieve, y del polvo, y del granizo, y de la tempestad, recibiendo todo esto sin tratar de abrigarme, ni siquiera cubriéndome con las manos.

Los viajeros que pasaban me creían muerto ¡y me arrojaban desde lejos puñados de tierra!

Luego me conturbaron las tentaciones del demonio.

Yo le llamé.

Vinieron innumerables; horribles, cubiertos de escamas, nauseabundos, en forma de carneros, aullando, silbando, ladrando, haciendo crujir armaduras y manojos de huesos humanos. Los unos arrojaban fuego por las narices; los otros hacían sombras con sus alas; algunos llevaban al cuello rosarios de dedos recién cortados; bebían otros el veneno de las serpientes y algunos mamas de puerca, de rinoceronte ó de sapo, y todos se presentaban bajo las formas más repugnantes y horrorosas.

Antonio (aparte).—¡Yo también he sufrido todo eso!

El Buddha.—Luego el demonio me envió sus hijas. Hermosas, bien ataviadas, con cinturones de oro, los dientes blancos y los muslos torneados como la trompa del elefante. Las unas bailaban para mostrar la agilidad y gallardía de su cuerpo; las otras entornaban sus ojos llenos de voluptuosidad; reían algunas mostrando sus dientes blancos

como el jazmín y no pocas entreabrían sus vestidos... Y había entre ellos, vírgenes sonrosadas, matronas llenas de orgullo y reinas con gran acompañamiento de criados, bagajes y esclavos.

Antonio.—¡Ah, también él!

El Buddha.—Habiendo vencido al demonio, pasé luego doce años alimentándome exclusivamente de perfumes; y como había alcanzado las cinco virtudes, las cinco facultades, las diez fuerzas, las dieciocho substancias y las cuatro esferas del mundo invisible, vino á mí la Inteligencia y me transformé en Buddha.

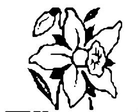
Todos los dioses se inclinan, y los que tienen pechos los besan á la vez.

El Buddha levanta su mano y continúa diciendo:

—¡Puesto en el camino de redimir á los seres, hice innumerables sacrificios! Entregué á los pobres grandes cantidades de ropas de seda, lechos y carros y vasijas de oro y de diamantes. Proporcioné mis manos á los mancos, mis piernas á los cojos, mis pupilas á los ciegos y corté mi cabeza para los decapitados. En la época en que fuí rey distribuía las provincias entre mis súbditos, y entre el tiempo que fuí brahman no menosprecié á nadie. Cuando hacía la vida de solitario pagué con palabras de ternura al ladrón que me asesinaba; y cuando estaba convertido en tigre, me dejé morir de hambre.

Y después de esta última existencia, habiendo predicado la ley, ya no me queda nada que hacer. ¡La gran época esta cumplida! Los hombres, los animales, los dioses, los océanos, las montañas, los granos de arena del Ganges, lo mismo que las miriadas y miriadas de estrellas, todo va á desaparecer, y mientras surjan nuevas manifestaciones de la vida, una llama flotará sobre las ruinas de los mundos destruídos.

(Las tentaciones de San Antonio. V.)



LA PRINCESA DE LA ISLA DE LAS SIETE CIUDADES [1]

(LEYENDA DE LAS ISLAS AZORES.)

. . . .

FERNANDO Denis, en su *Historia de Portugal*, habla de marineros que partiendo para el tenebroso mar en la flor de su juventud, volvieron después de algunos meses envejecidos y con el cabello blanco... Algunos encontraron islas desiertas en parajes desconocidos, islas con habitaciones subterráneas llenas de oro y de plata, de riquezas que nadie osara tocar. El encantamiento de la isla de las *Siete Ciudades*, pertenece á lo maravilloso de distintas épocas, mas la tradición de las islas misteriosas es de origen céltico. Esta tradición revistió después forma cristiana. La isla entonces tuvo un arzobispo y seis obispos, por lo cual fué denominada la isla de las Siete Ciudades. Y la creencia en su realidad fué tan viva hasta en los espíritus más reflexivos, que el rey D. Juan II, por edicto de 3 de Marzo de 1486, confió á João Dulmo, capitán de la armada en la Tercera, el descubrimiento de la celebrada isla de las Siete Ciudades. Habia mapas en la edad media que la representaban con un área de ochenta y siete leguas de latitud por veintiocho de longitud, en el paralelo de Gibraltar. Algunos marineros han afirmado que la vieron de lejos, pero que al acercarse desaparecía.

Es curiosísimo el testimonio de ciertos frailes que juraron *in verbo sacerdotis*, que ellos vieran la misteriosa isla el dia 30 de Julio de 1638. Este interesante documento perteneció al convento de San Antonio de los Capuchinos de Lisboa. Hoy está ya publicado. Los frailes venían de Maranhão, cuando les sorprendió una gran tormenta. Su navío llamábase *Nossa Senhora da Penha de França*, y era su maestre Antonio de Souza, natural de Vianna. No lejos de Madera desembarcaron los dos religiosos en la maravillosa isla, y permanecieron en ella tres

(1) Traducido del núm. 26 de Enero de la revista *A Semana*, de las islas Azores, (Angra do Heroismo), por V. D.-P.

días. Visitaron sus jardines opulentos, sus palacios suntuosos, y encontraron tipos venerables que les hablaron en portugués arcaico. Fuéles mostrado un amplio lienzo, en el que estaba representado un ejército cristiano vencido por otro mauritano. La ciudad tenía todo el aspecto portugués, y asimismo lo tenían emblemas, armas y leyendas. Había en ella dos leones domesticados. La industria, el arte y la elegancia manifestábanse por todas partes. El rey de la isla mostróles dos cuadros en que los dos visitantes quedaron retratados, pidiéndoles asimismo á cada uno de ellos que firmasen con su nombre. Ambos fueron muy obsequiados. Por la tarde partiéron en una lancha para su navío, quedando fondeados allí hasta el día inmediato para costear la isla, más al siguiente día ya no la vieron: Había desaparecido. Los dos frailes firman la relación declarando: «Todo esto lo juramos *in verbo sacerdotis*, y lo confirmamos por la verdad que como religiosos estamos obligados á decir.»

Hay quien identifica la Atlántida descrita por Platón con la isla de las Siete Ciudades. El número siete desempeñó en la kabbalah un papel importante, y fué simbólico en la Biblia. Existe también la leyenda de Ceuta *septem frates*, las siete colinas y los siete hermanos...

La deslumbradora perspectiva de la copa volcánica en el límpido lago de las Siete Ciudades en la isla de San Miguel, es tal vez un eco lejano de las bellezas de la encantada isla. El fascinante lago es el pórtico florido del majestuoso palacio que está sumergido en el misterioso Atlántico.

* * *

Euphemia, hija del rey Atlas y nieta de Júpiter, era la más bella de entre sus quince hermanas. En Grecia inspiró á los estatuarios por la pureza divina de sus líneas. No quiso casarse con ninguno de los diez hijos de Neptuno, que reinaban en las inmensas regiones de la Atlántida. En verdad, la tierra no poseía nada que fuese digno de ella. Prefirió ser estrella en la constelación de las Hyades, sus hermanas.

En tiempo del emperador Tiberio, Cristo subió al Cielo. Euphemia, encendida en fe cristiana por un querubim, solicitó venir á la tierra á esparcir la semilla del bien. Y fué colocada en la isla de las Siete Ciudades, donde un venerable anciano, opulento príncipe cristiano, la adoptó como hija. Permaneció perpetuamente bella y perpetuamente joven. Su figura esbelta resaltaba sobre las doradas molduras de los salones del majestuoso palacio. Por su andar recordaba á la diosa Venus de que habla Virgilio. Cuando paseaba por los jardines con su

manto de seda color salmón, seguíale una escolta de caballeros de curvas espadas y de resplandecientes armaduras. Sólo un pincel de inspirado paisajista podría dar idea de aquella perspectiva de singulares bellezas. Tenía una mirada sobrenatural, privilegio de las almas puras, y un corazón admirable. A su llegada á la isla encantada, ausentáronse de ésta el dolor y la miseria, y reinó la alegría. Las cítaras y las flautas recreaban en los banquetes á los convidados y escuderos pomposos, coronados de rosas; colocaban los manjares en vajilla de cristal sobre triclinios de cedro aromático con inscrustaciones de oro. La casa de las termas era cuadrangular, con sus ángulos orientados en correspondencia con los puntos cardinales, y toda ella de mármol rojo veteado de amarillo, que fuera traído de Mauritania, donde Atlas, el padre de Euphemia, reinara. La piscina era de onix, incrustado de amatistas y de hyenias. El flúido en que ella se bañaba, preparábase con esencias maravillosas, extraídas de árboles guardados por serpientes aladas y filtradas con todo el ceremonial prescrito por la magia.

* * *

Hay quien afirma que Euphemia habita hoy el archipiélago azoriano, y que la primera vez que apareció fué en un comienzo de otoño, en el día en el que la Iglesia festeja á San Cosme. La diosa revistió la humilde forma de una planta solanácea de la familia de la hierba mora, originaria de la Mauritania, de cuyos tallos se extrae un alcaloide — la solanina — precioso como remedio. Hoy es bendita esta planta entre todas las flores; con ella se prepara un bálsamo poderosísimo contra todos los dolores, cuya virtud también pasó como encanto por la sonrisa y el mirar de la gentil princesa. Quien bebe de este mágico filtro espiritual, queda curado de sus penas y preservado de infortunios...

¿Por qué fué escogido para señalar esta aparición el día de San Cosme el famoso médico árabe, patrón de los cirujanos, el heroico mártir, el caritativo taumaturgo, el espíritu confortador de las heridas humanas?

Cosme, significa asimismo *el bello, el que adorna*. ¿Qué genio benéfico evocó dicho recuerdo? ¿Quién podría hoy reconocer la antigua Euphemia?

Su andar parece el movimiento de un tallo de lirio. Es lánguida y alta, y sus cabellos tienen el brillo del topacio. En el marfil de su rostro hay algo de débil palidez, sobre la cual resaltan los encantos de sus dulces contemplativos ojos garzos, aterciopelados, que reflejan los más

dulces sentimientos. El vivo rubí de los labios, oculta el carmín de la boca, multiplica los encantos de la dulce sonrisa y torna arrebatador el conjunto virginal de tan hechicera fisonomía. La voz clara y armoniosa, suavizada por el acento insulano, tiene reminiscencias eólicas y á la vez schubertianas que insinúan su irresistible poder sobre el alma. Tiene la dulzura de la plegaria matinal de un niño. El nombre de la educadora de las musas, Euphemia tiene su origen en dos vocablos griegos que le hacen significar *bien diciente*... Fué bautizada en el Olimpo. Su palabra es dulce y arrebatadora, y ella tiene la belleza de la simplicidad, y á la vez el ademán sencillo de la princesa recatada. En sus evoluciones sobrenaturales fué diosa en Grecia, estrella en el cielo, princesa en la corte encantada y flor en los campos. La esplendidez de su figura quedó en las formas esculturales de las divinidades helénicas, en la luz resplandeciente de las estrellas, en la gracia dulcísima de las princesas cristianas y en la fragancia de las flores...

. . . .

Tal luminosa visión femenina, transfiguración de la flor de San Cosme, ha aparecido en algunas islas del archipiélago, y los hechizados conservan la esperanza de volver á contemplarla, como quien conserva en el alma cuidadosamente las preciosidades de un sueño...

C. de Miranda.



DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(continuación)

El Pinjarapâla de Bombay ocupa un barrio entero de la ciudad, y está dividido en patios, prados y jardines, con abrevaderos, jaulas para fieras y cercados para animales domesticados. Esta institución hubiera servido muy bien como modelo del Arca de Noé. En el primer patio, sin embargo, no vimos animales, pero en su lugar había centenares de espectros humanos: viejos, mujeres y niños. Eran los indígenas que quedaban de los llamados distritos del hambre, los cuales habían caído sobre Bombay para mendigar su sustento. Así, al paso que á unas pocas yardas más allá, los «Vets» oficiales estaban ocupados en vendar las patas rotas de jacales, en derramar aceite sobre los lomos de perros sarnosos, y en ajustar muletas á cigüeñas

lisiadas, muchos seres humanos se morían de hambre á su mismo lado. Afortunadamente para los hambrientos, en aquel tiempo había menos animales hambrientos que de ordinario, y así eran alimentados con los restos de las comidas de las bestias pensionistas. Sin duda alguna, muchos de estos desdichados hubieran consentido en transmigrar instantáneamente á los cuerpos de cualesquiera de los animales que terminaban su carrera terrestre tan bien atendidos.

Pero aun las rosas del Pinjarapâla no carecen de espinas. Los «sujetos» graminívoros, por supuesto, no podían desear nada mejor; pero dudo mucho que las fieras como los tigres, hienas y lobos, estén satisfechos con las reglas y el régimen alimenticio que forzosamente se les impone. Los jainas mismos rechazan con repugnancia hasta los huevos y el pescado, y por consiguiente, todos los animales que cuidan, tienen que hacerse vegetarianos. Estábamos presentes cuando dieron de comer á un tigre herido por una bala inglesa. Habiendo olfateado una especie de sopa de arroz que le presentaban, sacudió la cola, gruñó, enseñando sus dientes amarillos, y con un débil rugido se apartó de la comida. ¡Qué mirada oblicua lanzó sobre su guardián, que trataba con mucha dulzura de persuadirle á que probase su sabrosa comida! Sólo las fuertes barras de la jaula salvaron al jaina de una vigorosa protesta de parte de este veterano de las selvas. Una hiena, con la cabeza sangrando y una oreja medio desgarrada, principió por sentarse sobre la artesa llena de esta salsa espartana, y después, sin más ceremonia la volcó, como para demostrar su desprecio absoluto por el plato. Los lobos y los perros lanzaban aullidos tan lastimeros, que atrajeron la atención de dos amigos inseparables, un viejo elefante con una pata de palo y un buey con un ojo malo, los verdaderos Castor y Polux de esta institución. Conforme á su noble naturaleza, el primer pensamiento del elefante fué para su amigo. Rodeó con su trompa el cuello del buey, como si le brindara protección, y ambos mugieron débilmente. Loros, cigüeñas, palomas, flamencos—toda la tribu alada—se alborozaban con su almuerzo. Los monos fueron los primeros en contestar á la invitación del guardián, con gozo extraordinario. Más lejos nos enseñaron á un *santo* hombre que estaba alimentando insectos con su propia sangre. Yacía en tierra con los ojos cerrados, recibiendo de lleno sobre su cuerpo desnudo los abrasadores rayos del sol. Estaba literalmente cubierto de moscas, mosquitos, hormigas y chinches.

— Todos estos son nuestros hermanos—observó dulcemente el guardián, señalando á los innumerables animales é insectos.—¿Cómo podéis, vosotros, los europeos, matarlos y hasta devorarlos?

— ¿Qué haríais — le pregunté — si esta serpiente fuera á morderos? ¿Es posible que no la mataráis, si os diese tiempo para ello?

— Por nada en el mundo. La cogería con cuidado y la llevaría á algún lugar desierto fuera de la ciudad, y allí la pondría en libertad.

— Sin embargo, supongamos que os mordiese.

— Entonces recitaría un *mantram*, y si esto no producía ningún buen

resultado, lo consideraría como el dedo del Destino, y dejaría tranquilamente este cuerpo por otro.

Estas fueron las palabras de un hombre, hasta cierto punto educado y bastante instruído. Cuando le indicamos que ningún don de la Naturaleza carecía de objeto, y que los dientes humanos eran de carnívoros, nos contestó citando capítulos enteros de la *Teoría de la Selección Natural* y del *Origen de las Especies*, de Darwin. «No es verdad—nos arguyó—que los primeros hombres naciesen con dientes caninos. Esto vino después con el transcurso del tiempo, con la degradación de la humanidad. Cuando el apetito carnicero principió á desarrollarse, fué cuando las mandíbulas cambiaron su primera forma, bajo la influencia de nuevas necesidades.»

No pude menos de preguntarme: «*¿Où la science va-t-elle se fourrer?*»

Aquella misma noche se dió en el Teatro de Elphinstone una función especial en honor de la «Misión Americana», como nos llaman aquí. Actores indígenas representaron en Gujetari el antiguo drama de hadas *Sitâ-Râma*, tomado del *Râmâyana*, el célebre poema épico de Valmiki. Este drama se compone de catorce actos y de innumerables cuadros, además de las transformaciones escénicas. Todos los papeles femeninos fueron ejecutados, como de costumbre, por muchachos; y los actores, conforme á las costumbres históricas y nacionales, estaban descalzos y medio desnudos. Sin embargo, la riqueza de los vestidos, y los adornos y las transformaciones escénicas, eran verdaderamente maravillosas. Aun en los escenarios de los grandes teatros metropolitanos hubiera sido difícil presentar una representación mejor del ejército de los aliados de Râmâ, que no son otra cosa que tropas de monos bajo el mando de Hanuman—el soldado, el hombre de estado, el dramaturgo, el poeta, el dios tan celebrado en la historia (de la India). El drama sanskrito más antiguo y mejor, *Hanuman-Nâtak*, se atribuye á este talento antepasado nuestro.

¡Ay! Han pasado los gloriosos tiempos cuando orgullosos de nuestra blanca piel (la que después de todo puede que no sea más que el resultado de un descoloramiento bajo la influencia de nuestro cielo septentrional), considerábamos á los hindus y á otros «negros» con un sentimiento de desprecio digno de nuestra propia magnificencia. Sin duda alguna el tierno corazón de Sir William Jones ha debido apenarse al traducir del sanskrito sentencias tan humillantes como la siguiente: «Se dice que *Hanuman* es el antepasado de los europeos.» Siendo Râma un héroe y un semi-dios, pudo muy bien hacer unir á todos los célibes de su útil ejército de monos con las hijas de los gigantes de Lanka (Ceilán), los Raksharas, y dotar á estas bellezas dravidianas con todos los países de Occidente. Después de las más pomposas ceremonias matrimoniales, los monos-soldados construyeron un puente con ayuda de sus propias colas, y desembarcaron felizmente con sus esposas en Europa, donde vivieron muy dichosos y tuvieron numerosa progenie. Esta progenie somos nosotros, los europeos. Las palabras dravidianas que se han encontrado en algunas lenguas europeas, por ejemplo en el vascuence, han

alegrado grandemente el corazón de los brahmanes, quienes de buena gana promoverían á los filólogos al grado de semi-dioses por este importante descubrimiento que tan gloriosamente confirma su antigua leyenda. Pero Darwin fué quien coronó el monumento de pruebas con la autoridad de la educación y de la literatura científica occidentales. Los indios se convencieron más y más de que somos los verdaderos descendientes de Hanuman, y que si uno se tomara tan sólo el trabajo de un examen cuidadoso, nuestros rabos podrían ser fácilmente descubiertos. Nuestros calzones estrechos y nuestras largas faldas contribuyen á testificarlos, por muy poco lisonjera que la idea nos parezca. Sin embargo, seriamente considerado, ¿qué es lo que tenemos que decir desde el momento en que la Ciencia, en una personalidad como Darwin, admite esa hipótesis de la sabiduría de los antiguos Aryas? Hemos, por tanto, de someternos; y, á la verdad, es mejor tener por antepasado á Hanuman, el poeta, el héroe y el dios, que á cualquier otro mono aunque no tenga cola. *Sitâ Râma* pertenece á la categoría de los dramas mitológicos, algo así como las tragedias de Esquilo. Oyendo esta producción de la más remota antigüedad, los espectadores se sienten transportados á los tiempos en que los dioses descendían á la tierra y tomaban una parte activa en la vida diaria de los mortales. No hay en ello nada que nos recuerde el drama moderno, aun cuando el arreglo externo es el mismo. «De lo sublime á lo ridículo solo hay un paso» y viceversa. El macho cabrío, elegido para el sacrificio á Baco, presentó al mundo una tragedia (Τράγος ᾠδή). Los balidos y topetadas de agonía de las ofrendas cuadrúpedas de la antigüedad han sido pulidos por las manos del tiempo y de la civilización, y, como resultado de este proceso, tenemos el mortecino murmullo de Raquel en el papel de Adriana Lecouvreur, y el horroroso «pataleo» realista de la Croisette moderna en la escena de envenenamiento de *The Sphinx*. Pero al paso que los descendientes de Temístocles reciben de buena gana, ya estén cautivos ó libres, todos los cambios y mejoras consideradas como tales por el gusto moderno, pensando que son una edición corregida y ampliada del genio de Esquilo, los hindus, afortunadamente para los arqueólogos y amantes de la antigüedad, no han dado jamás un paso desde los tiempos de nuestro muy venerado predecesor Hanuman.

Esperábamos la ejecución de *Sitâ Râma* con la más viva curiosidad. Excepción hecha de nosotros y de la construcción del teatro, todo era estrictamente indígena, y nada nos hacía recordar al Occidente. No había rastro de orquesta. La música sólo se podía oir del escenario ó detrás del mismo. Por último levantóse el telón. El silencio, que había sido muy notable, teniendo en cuenta la gran multitud de espectadores, se hizo entonces absoluto. Râma es una de las encarnaciones de Vishnu; y como la mayor parte del auditorio se componía de adoradores de este Dios, el espectáculo era para ellos no una mera función teatral, sino un misterio religioso que representaba la vida y proezas de sus deidades más favoritas y venerandas.

El prólogo se desarrollaba en la época anterior á la creación (puede

asegurarse sin temor que ningún autor dramático se hubiera atrevido á elegir otra más antigua), ó más bien antes de la última manifestación del universo. Todas las sectas filosóficas de la India, excepto los musulmanes, están de acuerdo en que el universo ha existido siempre. Pero los hindus dividen las apariciones y desapariciones periódicas del universo en días y noches de Brahmâ. Las noches ó retiradas del universo objetivo son llamadas Pralayas, y los días ó las épocas del nuevo despertar á la vida y á la luz son llamadas Manvantaras, Yugas ó «centurias de los dioses». Estos períodos son también, respectivamente, llamados las aspiraciones y expiraciones de Brahmâ. Cuando el Pralaya llega á su fin, Brhamâ despierta, y con este despertar, el universo que reposaba en la deidad, en otras palabras, que estaba reabsorbido en su esencia subjetiva, vuelve á emanar del principio divino y se hace objetivo. Los dioses, que mueren al mismo tiempo que el universo, principian lentamente á volver á la vida. Sólo el «Invisible», el «Infinito», el «Sin Vida», el Uno que es en sí mismo la «Vida» incondicionada original, se eleva rodeado por el caos sin límites. Su santa presencia no es visible. Sólo se muestra en la pulsación periódica del caos, representada por una oscura masa de aguas que llena todo el escenario. Estas aguas no han sido aún separadas de la tierra seca, porque Brahmâ, el espíritu creador de Nârâyana, no se ha separado todavía del «Siempre Inmutable.» Luego viene un fuerte choque en toda la masa y las aguas principian á adquirir transparencia. Rayos, que parten de un huevo de oro en el fondo, cruzan á través de las aguas caóticas. El huevo recibe vida del espíritu de Nârâyana y se quiebra, y Brahmâ, despertando, se eleva á la superficie de las aguas en la forma de un enorme loto. Aparecen nubes ligeras, al principio transparentes y como telas de araña. Gradualmente se condensan y se transforman en Prajapatis, los diez poderes creadores personificados de Brahmâ, el dios de todo lo que vive, y cantan un himno de alabanza al creador. Algo de sencillez poética para nuestros oídos no acostumbrados, respira en esta melodía uniforme no acompañada de orquesta alguna.

La hora de la revivificación general ha sonado. El Pralaya toca á su fin. Todo vuelve gozoso á la vida. El firmamento es separado de las aguas y en él aparecen los Asuras y Gandharvas, los cantores y músicos celestes. Entonces Indra, Yama, Varuna y Kuvera, los espíritus que presiden á los cuatro puntos cardinales ó los cuatro elementos, agua, fuego, tierra y aire, derraman átomos de los cuales surge la serpiente «Ananta». El monstruo nada en la superficie de las olas, y doblando su cuello de cisne, forma un lecho en el cual se reclina Vishnu, que tiene á sus pies la Diosa de la Belleza, su esposa Lakshmi. «¡Swatha!, ¡Swatha!, ¡Swatha!», exclama el coro de músicos celestes, saludando á la deidad. En los oficios de la iglesia rusa esto se pronuncia: ¡Swiat!, ¡Swiat!, ¡Swiat! y significa: ¡Santo!, ¡Santo!, ¡Santo!

En uno de sus Avataras futuros, Vishnu encarnará en Râma, el hijo de un gran rey, y Lakshmi se convertirá en Sitâ. Todo el asunto del *Râmâyana* es cantado en pocas palabras por los músicos celestes. Kâma, el Dios del

Amor, cobija á la pareja divina, y en aquel punto se enciende una llama en sus corazones y todo el mundo es creado.

Luego se representan los catorce actos del drama, que es bien conocido de todos, y en el que toman parte algunos cientos de personajes. Al final del prólogo toda la asamblea de dioses se presenta, uno después de otro, y manifiesta al auditorio el argumento y epílogo de su representación, pidiendo al público que no sea demasiado exigente. Es como si todas estas familiares deidades, hechas de mármol y de granito pintados, dejaran sus templos y viniesen á recordar á los mortales sucesos tiempo ha pasados y olvidados.

La sala estaba llena de indígenas. Sólo nosotros cuatro éramos los representantes de Europa. A modo de enorme lecho de flores, las mujeres ostentaban los brillantes colores de sus vestidos. Aquí y allí, entre hermosas cabezas bronceadas, veíanse las lindas y melancólicas caras blancas de las mujeres parsis, cuya hermosura me hacía recordar las georgianas. Las primeras filas estaban ocupadas sólo por mujeres. En la India es muy fácil conocer la religión, secta y casta de sus individuos, y hasta si una mujer es casada ó soltera, por marcas pintadas con colores brillantes en las frentes.

Desde el tiempo en que Alejandro el Grande destruyó los libros sagrados de los Gebars, éstos han sido constantemente oprimidos por los idólatras. El rey Ardeshir-Babechan restauró el culto del fuego en los años 229-243 de nuestra Era. Desde entonces han vuelto á ser perseguidos durante el reinado de uno de los Shakpurs, ya fuese por el II, el IX ó el XI de los Sasánidas, pero cuál de ellos no se sabe. Se dice, sin embargo, que uno de ellos fué gran protector de las doctrinas de Zaratustra. Después de la caída de Yesdejird, los adoradores del fuego emigraron á la isla de Ormasd, y algún tiempo después, habiendo encontrado un libro de profecías de Zoroastro, en obediencia á una de ellas marcharon al Indostán. Después de mucho vagar, aparecieron hace mil ó mil doscientos años en el territorio de Mâhârana-Jayâdeva, vasallo del rey rajput, Champanir, que les permitió colonizar su país, pero con la condición de que dejasen sus armas, que abandonasen el lenguaje persa por el hindo y que sus mujeres dejaran su traje nacional y se vistiesen como las mujeres hindas. Sin embargo, les permitió llevar calzado, dado que esto está estrictamente prescrito por Zoroastro. Desde entonces se han verificado pocos cambios. De aquí que las mujeres parsis sólo se distinguiesen de sus hermanas hindas por ligeras diferencias. Las caras casi blancas de las primeras estaban separadas por una tira de alisado pelo negro de una especie de gorro blanco, y el todo estaba cubierto con un brillante velo. Las últimas llevaban descubierto su rico y reluciente pelo, retorcido en una especie de chiñón griego. Sus frentes estaban brillantemente pintadas y sus narices adornadas con anillos de oro. Unas y otras son aficionadas á los colores brillantes uniformes, y cubren sus brazos hasta el hombro con bangles y llevan saris.

(Se continuará.)



BIBLIOGRAFÍA

DR. FRANZ HARTMANN. *Afinidades de las fuerzas espirituales.*—Xalapa (Veracruz), 1901. Traducción de A. F. G.

Interesante folleto en el que se estudian los distintos efectos de las energías ó fuerzas espirituales y los medios de manejarlas, según aconseja el conocimiento de las facultades superiores humanas.



FILALETEO. *Escudriñad las Escrituras.* — Veracruz.

Curiosa investigación sobre distintas frases bíblicas de obscuro significado, cuyo espíritu esotérico aclara el autor. El estudio que hace asimismo sobre las palabras griegas correspondientes á las nuestras «ciencia secreta», «visión», «enseñanza», etc. (á que alude Pablo en Corintios I, XIV, 6), así como sobre los términos «exotéricos» llamados «psíquicos», y otros muchos á que alude el Nuevo Testamento, son asimismo interesantísimos para la verdadera comprensión de ciertos textos tenidos generalmente como inexplicables.



LEITE JUNIOR. *Da Theosophia.* — Coritiba. Brasil, 1902.

Con este título ha sido publicada la conferencia dada por el poeta brasileño Sr. Leite Junior, de la que en otro lugar hemos tratado.

El conferenciante, no obstante ser ajeno á la *Theosophical Society*, ha reunido algunas de las teorías teosóficas, exponiéndolas con una claridad é imparcialidad dignas de todos nuestros elogios. Su trabajo, que termina deseando caminen por el *sendero* de la *Paz* todos sus oyentes, merece el beneplácito de todo teosofista en general y de los teosofistas españoles, sus más inmediatos hermanos, en particular.

V.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.